

Los espacios inhabitados

Los espacios inhabitados/ Ezequiel La Forgia
-1ª ed. Buenos Aires, 2025-

ISBN 978-987-4914-41-5

© Ezequiel La Forgia
© Huesos de jibia, 2025
Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

huesosdejibia.com
facebook.com/editorial.hdj
instagram.com/huesosdejibia
huesosdejibia@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño: Ludmila Martínez Catinari

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

Ezequiel La Forgia
Los espacios inhabitados

Calle 1

Piso el borde
de una calle muerta.
Solo fantasmas
alrededor.
Solo el verano
muriendo
en la memoria.

Atravieso el tiempo,
me quedo sordo.
Solo tus ojos
conocen la historia.

Las noches que ardieron,
las mañanas que explotaron
sobre la cama;
el dolor que me dispersaba,
que me sacaba de contexto.

Siempre hay
algún dolor;
algo de suerte,
de frío y de miedo.
Algo de incertidumbre
y de tiempo
yendo y viniendo.

Un sinfín de infortunios

Tu mirada
podría ocasionar
un sinfín de infortunios.

Sería difícil
entonar
con cada uno
de tus colores.

Estar atento
al camino,
a lo inesperado,
a todo el brillo
que podamos crear.

(La conspiración
de los planetas,
quizás la lluvia
o la pura suerte).

Tu pecho es New York,
Londres,
París y Tokio
al mismo tiempo.

Y yo el triste diamante
que duerme,
el callejón sin salida.

Trilogía de la tristeza

La tristeza
es un gato perdido
que nunca regresa a casa.

La tristeza es un poste de luz
derribado.
Los techos del vecindario
trayendo tu alma infinita.

El sol brillando con potencia,
el asfalto emanando infierno.
La ciudad ostentando su basura.

Los edificios en el horizonte
invitándome a dudar.
El río es una vida fluyendo
en algún lugar.

La noche estira sus patas
en la calle,
el día abre su boca espeluznante.
Los soles son inciertos,
las tormentas están llenas
de furia y esperanza.

A 300 kilómetros
alguien siente que fue robado
el azul del mar.
Yo siento
que la ciudad sangra gris
por las alcantarillas.

La lluvia es otra patología

El cielo se desborda,
la noche es un puente roto.

Desde la terraza brotan
diálogos de humo.

Un pensamiento
aturde las ventanas.

Retrato iluminado

La perfección
es el espejo
donde se peina el sol.

El primer rencor
en las mañanas,
la llave de la puerta
que da hacia el jardín
en verano.

El escudo
de los pueblos pequeños:
rumor del mar,
ave que enciende la tarde.

La perfección
es el sueño
que mece las realidades.

Las calles brillantes,
los cielos pinchados.
El recuerdo de las mañanas atómicas.

Los ojos celestes
que no miran,
el pensamiento lejano.
La situación que se escapa
como un primer mandamiento.

Contratransferencia

Y ahora que te veo
recuerdo
las enfermedades invernales,
los soles naranjas:
vitamínicos efervescentes.

Tu imagen se confiesa tímida,
insegura y triste,
libre de delirios de grandeza.
El mundo se te agranda y achica
cada dos por tres.

Ahora que te veo
recuerdo cómo se ven
los árboles en el otoño.
Cómo los ríos
vierten su sangre
en las venas del bosque.
Cómo pierden tiempo las nubes
y se deslizan las tormentas.

Nadie puede ver
más allá de tus ojos
en vísperas de implosión.

Y ahora que te vuelvo a ver
lo recuerdo:
tenés uno
de esos cielos propios
aturdidos en la multitud.

Fuego gris

Ven
a retorcer
mis tripas
con pasión.

Ayúdame a retroceder
en pasos ciegos.

Dame mil vueltas
a las cosas.

Enciende una molestia
y quédate
incentivando la noche.

Desvalijamiento

Vamos a entrar
por la puerta de atrás,
a robarnos las mañanas
de sol.

Saquemos los muebles
manchados por el mar.
No olviden los juegos
y los adornos.

No olviden la mesa
donde se compartieron
tantas cenas.
No olviden los días.

Nos robaríamos el sol
si no estuviera
encadenado al cielo,
y el mar
si cupiese
en algún lugar.

Echemos a los fantasmas del verano
y a la soledad
de 500 watts.

Saquemos las camas
y rompamos las ventanas.
Terminemos con el sueño.

Poetas

Ni siquiera nosotros
podemos entendernos,
pero sé que hay
una conexión.

Te imagino
a miles de kilómetros,
viviendo
en una ciudad amarilla.

Viajando en un tren,
leyendo a Rimbaud.
Contemplando cada estación
como nadie podría.

Mientras el sol
aniquila los horizontes.

Fantasmas

Se oyó la voz de un vendedor,
la niebla ya se había disipado.
Solo quedaba el pueblo gris
que se escondía detrás.
Solo quedaba el cansancio
de las húmedas ramas
de los árboles.

Quise ver el cielo
pero vi una pared.
Quise ser la ruta estallando.

Alguien debió estar mirando
la espuma de un café,
alguien debió arder.

Aquí,
las casas guardan ríos
entre las paredes;
las playas guardan fantasmas
entre las mañanas.

Algún día
seré uno de ellos.

Creación

Activar el interruptor,
crear un día
de la nada.
Como el Dios
de los nuevos presagios.
Como un sol
que asciende directo
hacia el cenit.
Sin doblar sus bordes,
sin temor a estallar.